

quier, que estaba, como siempre desierta, y no siguió á Jondrette. Hizo bien, porque en cuanto llegó á la tapia baja donde Mario había oído al hombre cabelludo y al hombre barbudo, Jondrette se volvió, se aseguró de que nadie le seguía ni le veía; luego saltó la tapia y desapareció.

El terreno baldío que cercaba aquella tapia comunicaba con el corral de un antiguo alquilador de carruajes, de bastante mala fama, que había quebrado, y que tenía aún bajo los cobertizos algunas berlinas viejas.

Mario creyó que sería prudente aprovechar la ausencia de Jondrette para entrar en la casa; además, la hora se venía encima. Todas las tardes la tía Bougón, al marchar para ir á fregar la vajilla en algunas casas, acostumbraba á echar la llave á la puehta principal de la casucha, la cual al anocheecer quedaba irremisiblemente cerrada. Mario había dado su llavín al inspector de policía; era, pues, importante que se apresurase.

La noche había llegado, y casi casi cerrado por completo; no había ya en el horizonte ni en la inmensidad más que un punto iluminado por el sol: era la luna. Esta se levantaba rojiza por detrás de la cúpula baja de la Salpetrière.

Mario llegó á grandes pasos al número 50-52. La puerta estaba todavía abierta á su llegada. Subió la escalera de puntillas, y se deslizó á lo largo de la pared del corredor hasta su cuarto. Recuérdese que aquel corredor tenía á ambos lados varios tabucos, que por el momento estaban todos vacíos y por alquilar. La tía Bougón dejaba por lo regular sus puertas abiertas. Al pasar por delante de una de aquellas puertas, Mario creyó divisar en una de las celdas deshabitadas cuatro cabezas de hombres inmóviles, blanqueadas vagamente por un rayo de luz crepuscular que penetraba por una claraboya. Mario no trató de ver, no queriendo ser visto, y apresuró su cauteloso paso. Consiguó entrar en su cuarto sin ser visto y sin ruido. Había llegado á tiempo. A los pocos momentos oyóse á la tía Bougón que se iba, y la puerta de la casa que se cerraba.

XVI

Donde volverá á encontrarse la canción sobre música inglesa de moda en 1832.

Mario se sentó sobre la cama. Podían ser las cinco y media; media hora solamente le separaba de lo que iba á suceder. Sentía latir sus arterias tan claramente como se oye el movimiento de un reloj en la obscuridad. Pensaba en la doble marcha que se efectuaba en aquel momento en las tinieblas: el crimen avanzado de un lado, la justicia viniendo del otro. No tenía miedo; pero no podía pensar sin cierto sobresalto en lo que iba á pasar.

Como todo aquel á quien repentinamente asalta una aventura sorprendente, todo lo de aquel día le causaba el efecto de un sueño, y para no creerse juguete de una pesadilla, necesitaba sentir en sus bolsillos el frío de los dos cachorrillos de acero.

Ya no nevaba; la luna, cada vez más clara, se desprendía de las nubes, y su luz, mezclada con el reflejo blanquecino de la nieve que había caído daba á la habitación un aspecto crepuscular.

En el tugurio de los Jondrette había luz. Mario veía brillar el agujero del tabique, con una claridad rojiza que le parecía sangrienta.

Era evidente que aquella claridad no podía ser producida por una vela. Además, en casa de los Jondrette no se notaba el menor movimiento. Nadie se movía, nadie hablaba, no se oía una mosca; el silencio era glacial y profundo, y sin aquella luz se hubiera podido creer que se estaba al lado de un sepulcro.

Mario se quitó suavemente las botas y las metió debajo de su cama.

Transcurrieron algunos minutos. Mario oyó la puerta de la calle girar sobre sus goznes; unas pisadas pesadas y rápidas subieron la escalera y recorrieron el corredor; levantóse ruidosamente el pestillo de la puerta: era Jondrette que entraba.

Oyéronse en seguida muchas voces. Toda la familia estaba en el desván. Solamente que en ausencia del dueño se callaban todos, como se callan los lobeznos en ausencia del lobo.

—Soy yo,—dijo él.

—Buenas noches, papaíto,—chillaron las hijas.

—¿Y bien?—dijo la madre.

—Todo va perfectamente,—respondió Jondrette;—pero tengo un frío de perros á los pies. ¡Bueno! Eso es, te has vestido. Será preciso que puedas inspirar confianza.

—Estoy preparada para salir.

—¿No se te olvidará nada de lo que te he dicho? ¿Lo harás todo bien?

—Descuida.

—Es que... —dijo Jondrette. Y no acabó la frase.

Mario le oyó dejar algo pesado sobre la mesa; probablemente el escoplo que había comprado.

—¡Ah!—exclamó Jondrette.—¿Se ha comido aquí?

—Sí,—respondió la madre,—he traído tres grandes patatas y sal. He aprovechado el fuego, ya que le había, para asarlas.

—Bueno,—replicó Jondrette.—Mañana os llevaré á comer conmigo. Habrá pato y sus accesorios. Comeréis á lo Carlos X. ¡Todo va bien!

Después añadió, bajando la voz:

—La ratonera está abierta. Los gatos están ahí.

Bajó todavía más la voz, y dijo:

—Pon esto en el fuego.

Mario oyó el ruido del carbón removido con una tenaza ú otro instrumento de hierro, y Jondrette continuó:

—¿Has dado sebo á los goznes de la puerta para que no metan ruido?

—Sí,—respondió la madre.

—¿Qué hora es?

—Las seis van á dar, porque la media hace ya rato que dió en San Medardo.

—¡Diablo!—exclamó Jondrette.—Es menester que las chicas vayan á ponerse en acecho.—Venid aquí vosotras y escuchad.

Hubo un cuchicheo.

Volvió á levantar Jondrette la voz:

—¿Ha marchado la tía Bougón?

—Sí,—dijo la madre.
 —¿Estás segura de que no hay nadie en el cuarto del vecino?
 —No ha vuelto en todo el día, y ya sabes que esta es su hora de comer.
 —¿Estás segura?
 —Segurísima.



—Es igual,—replicó Jondrette;—pero no estará de más entrar en el cuarto y ver si está.—Y volvióse á su hija mayor:
 —Chica,—dijo,—coje la luz y míralo.
 Mario se dejó caer sobre sus manos y sus rodillas escurriéndose silenciosamente debajo de su cama.
 Apenas se había escondido, cuando divisó la luz á través de las junturas de la puerta.
 —Papá,—gritó una voz,—ha salido.

Mario conoció la voz de la hija mayor.
 —¿Has entrado?—preguntó el padre.
 —No,—respondió la hija;—pero cuando la llave está en la puerta, es señal de que ha salido.

El padre gritó:
 —Entra, no obstante.

La puerta se abrió, y Mario vió entrar á la muchacha con una vela en la mano. Estaba como por la mañana, solamente algo más espantosa por efecto de aquella luz.

Marchó directamente hacia la cama. Mario pasó un inexplicable momento de ansiedad; pero cerca de la cama había un espejo colgado en la pared, y allí era á donde se dirigía ella. Empinóse sobre las puntas de los pies, y se miró en él.

Oyóse un ruido como de remover hierro viejo en la habitación inmediata.

Ella se alisó el pelo con la palma de la mano, y dirigió al espejo varias sonrisas, cantando entre tanto por lo bajo con voz ronca y sepulcral:

Duraron mis amores, entera una semana,
 Pero ¡ay! ¡qué de la dicha son los instantes breves!
 ¡Que adorarse ocho días es no adorarse nada!
 ¡Y el tiempo de quererse debiera durar siempre!
 ¡Debiera durar siempre! ¡debiera durar siempre!

Entre tanto Mario estaba temblando. Parecíale imposible que ella no oyese su respiración.

La muchacha se dirigió á la ventana y miró al exterior, hablando en voz alta, con aquel aire medio alocado que le era propio:

—¡Qué feo es París cuando se pone camisa blanca!—dijo.

Volvióse otra vez á mirarse al espejo haciendo nuevas muecas, y contemplándose sucesivamente de frente, de espalda y por todos lados.

—¡Y bien!—gritó el padre.—¿Qué es lo que haces?

—Estoy mirando debajo de la cama y de los muebles,—respondió, y continuó alisándose el pelo;—no hay nadie.

—¡Ea!—aulló el padre.—Pronto aquí, y no perdamos tiempo.

—¡Voy, voy!—contestó ella.—¡No hay tiempo para nada en esta casucha!

Poniéndose á tararear:

Si me abandonas para irte á la gloria,
 Mi triste corazón te seguirá.

Lanzó una mirada postrera al espejo, y salió, cerrando tras sí la puerta.

Poco después Mario oyó el ruido de los pies descalzos de las chicas en el corredor, y la voz de Jondrette que les gritaba:

—¡Mucho cuidado! La una del lado del portillo, la otra á la esquina de la calle del Petit-Banquier. No perdáis de vista un minuto la puerta de la casa; y en notando la menor cosa, inmediatamente aquí. ¡En un brinco! Tenéis ya llave para entrar.

La hija mayor murmuró:

—Estar de centinela con los pies descalzos sobre la nieve!

—Mañana tendréis botas de seda color de escarabajo,—dijo el padre.

Bajaron las muchachas la escalera, y algunos segundos después el golpe de la puerta principal, que se cerraba, anunció que estaban fuera.

No quedaban ya en la casa más que Mario y los Jondrette, y probablemente también los misteriosos seres entrevistados por el joven á la luz del crepúsculo, detrás de la puerta del cuarto deshabitado.



XVII

Empleo de la moneda de cinco francos de Mario.

Mario creyó que había llegado el instante de volver á ocupar su puesto en su observatorio. En un abrir y cerrar de ojos, y con la ligereza de sus pocos años, se encontró de nuevo junto al agujero del tabique divisorio.

Observó y miró.

El interior de la habitación de los Jondrette ofrecía un aspecto singular, y Mario se explicó la extraña claridad que en ella había observado. En un candelero de cobre ardía una vela de sebo; pero no era ésta la que alumbraba realmente el cuarto. Todo el desván aparecía iluminado por la reverberación de un gran hornillo de palastro colocado en la chimenea, y lleno de carbón encendido. Era el brasero que la mujer de Jondrette había preparado por la mañana. El carbón estaba hecho ascua, y el hornillo enrojecido; una llama azulada vagaba oscilante sobre el fuego, y ayudaba á distinguir la forma del escoplo comprado por Jondrette en la calle de Pierre Lombard, el cual se enrojecía metido entre las ascuas. En un rincón cerca de la puerta, y como para un uso ya previsto, se veían dos montones, que parecían ser uno de objetos de herraje y otro de cuerdas. Todo esto, para el que no hubiese sabido lo que se preparaba, hubiera hecho vacilar la imaginación entre una idea siniestra y otra muy sencilla. El desván, así iluminado, parecía antes una fragua que una boca del infierno; pero Jondrette, con aquella claridad, tenía más aires de demonio que de herrero.

El calor del brasero era tal, que la vela colocada sobre la mesa se deshacía por el lado del fuego, consumiéndose como cortada á bisel. Una antigua linterna sorda de latón, digna de Diógenes convertido en Cartouche, estaba sobre la chimenea.

El hornillo, colocado en el mismo hogar al lado de los tizones casi apagados, enviaba su vapor hacia el conducto de la chimenea, y no despedía mal olor.

La luna, entrando por los cuatro cristales de la ventana, arrojaba su luz blanquecina en el púrpuro y flamante desván; y á la poética imaginación de Mario, señor aún en el momento de la acción, parecíale como un pensamiento celeste, mezclado con los deformes desvarios terrenales.

Una corriente de aire que entraba por el vidrio roto, contribuía á disipar el olor del carbón y á disminuir el calor.

La cueva Jondrette estaba, si se recuerda cuanto hemos dicho sobre la casucha de Cuervo, admirablemente situada, para servir de teatro á un hecho violento y sombrío, y de envoltorio á un crimen. Era el cuarto más retirado de la casa más aislada del boulevard más desierto de París. Si las sorpresas criminales no hubiesen existido, allí se hubieran podido inventar.

Todo el espesor de una casa y una multitud de cuartos deshabitados, separaban aquel antro del boulevard, y la única ventana que tenía daba á solares desiertos, cerrados con tapias ó empalizadas.

Jondrette había encendido su pipa; estaba sentado sobre la silla rota y fumando. Su mujer le hablaba por lo bajo.

Si Mario hubiera sido Courfeyrac, es decir, uno de los hombres que se ríen en todos los casos de la vida, habría soltado la carcajada cuando su mirada topó con la mujer de Jondrette. Llevaba un sombrero negro con plumas, bastante parecido á los sembreros de los heraldos cuando la consagración de Carlos X; un inmenso pañuelo tartán cubriendo su refajo de punto, y los zapatos de hombre que su hija había desdeñado por la mañana. Este tocado es el que había arrancado á Jondrette aquella exclamación:

—“¡Buena! ¡Te has vestido! ¡Has hecho bien! Es preciso que puedas inspirar confianza”.

Jondrette no se había quitado el sobretodo nuevo y holgadísimo para él, que le había dado el señor Leblanc, y su traje seguía ofreciendo el contraste de la levita y pantalón, que constituía á los ojos de Courfeyrac el ideal del poeta.

De pronto Jondrette alzó la voz:

—¡A propósito; ahora se me viene á la imaginación! Con el tiempo que hace vendrá en coche. Enciende la linterna, cógela y baja. Quédate detrás de la puerta. En el momento en que oigas parar el carruaje, abrirás en seguida y le alumbrarás por la escalera y el corredor; y mientras él entra aquí, tú bajarás á todo escape, pagarás al cochero y despedirás el carruaje.

—¿Y el dinero?—preguntó la mujer.

Jondrette rebuscó en los bolsillos del pantalón, y le entregó una moneda de cinco francos.

—¿Qué es esto?—exclamó la mujer.

Jondrette respondió con dignidad:

—Es el monarca que dió el vecino esta mañana.

Y añadió:

—¿Sabes que aquí hacen falta dos sillas?

—Para qué?

—Para sentarse.

Mario sintió recorrer por su cuerpo un estremecimiento glacial al oír á la mujer dar esta sencilla respuesta:

—¡Pardiez! Voy á buscar las del vecino.

Y con un rápido movimiento abrió la puerta del desván y salió al corredor.

Mario no tenía materialmente tiempo para bajar de la cómoda, ir hasta la cama, y acurrucarse.

—Toma la luz,—gritó Jondrette.

—No,—dijo ella,—me estorbaría, tengo que cargar con las dos sillas. La luna alumbrá lo bastante.

Mario oyó la pesada mano de aquella mujer buscar á tientas en la oscuridad la llave de su cuarto. Abrióse la puerta. Mario se quedó clavado en su puesto sobrecogido de sorpresa y estupor.

La mujer entró.

La ventanilla abuhardillada dejaba pasar un rayo de luna entre dos grandes manchas de sombra. Una de aquellas manchas cubría enteramente la pared, á la cual estaba pegado Mario, de modo que desaparecía en la oscuridad.

La mujer Jondrette levantó los ojos sin ver á Mario, cogió las dos sillas únicas que éste poseía, y se marchó, dejando que la puerta se cerrase ruidosamente detrás de ella.

Y entró de nuevo en su madriguera.

—Aquí están las dos sillas.

—Y aquí la linterna,—dijo el marido.—Baja en seguida.

Obedeció ella inmediatamente, y Jondrette quedó solo.

Colocó las dos sillas á los dos lados de la mesa, dió una vuelta al escoplo en el brasero, puso delante de la chimenea un biombo viejo que ocultaba el hornillo; luego fué al rincón donde estaba el montón de cuerdas, y se bajó como para examinar alguna cosa. Mario conoció entonces que lo que había tomado por un montón

informe, era una escala de cuerda muy bien hecha, con travesaños de madera y dos garfios para colgarla.

Aquella escala y algunos gruesos utensilios, verdaderas mazas de hierro que estaban entre un montón de herraje detrás de la puerta, no se hallaban por la mañana en el domicilio de los Jondrette, y evidentemente habían sido llevados allí aquella tarde durante la ausencia de Mario.

—Son herramientas de cerrajero,—pensó Mario.

Si hubiera sido un poco más entendido en aquel oficio, habría reconocido en lo que tomaba por herramientas de cerrajero, ciertos instrumentos buenos para forzar una cerradura ó desquiciar una puerta, y otros á propósito para hendir ó cortar: las dos clases de instrumentos siniestros que los ladrones llaman "ganzúas" y "ruiseñores."

La chimenea y la mesa, con las dos sillas, se hallaban precisamente enfrente de Mario. Estando oculto el brasero por el biombo, sólo iluminaba el cuarto la luz de la vela; el menor objeto colocado sobre la mesa ó sobre la chimenea, producía una gran sombra. La de un jarro de agua destortillado ocultaba la mitad de una pared. Había en aquel cuarto cierta calma terrible y amenazadora. Sentíase como la espera de algo horroroso.

Jondrette había dejado apagar su pipa, grave signo de meditación, y había vuelto á sentarse. La luz hacía resaltar los ángulos fieros y delgados de su fisonomía; grandes fruncimientos de cejas y bruscos movimientos de su mano derecha, parecían indicar como que contestaba á los últimos consejos de un sombrío monólogo interior.

En una de esas oscuras réplicas que se daba á sí mismo, tiró vivamente hacia sí del cajón de la mesa, cogió de él un ancho cuchillo de cocina que allí estaba guardado, y probó el filo sobre su uña. Hecho lo cual, volvió á dejar el cuchillo en el cajón y cerró.

Mario, por su parte, sacó el cachorrillo que tenía en el bolsillo derecho, y lo montó.

La pistola produjo al montarla un pequeño ruido claro y seco.

Jondrette se estremeció y casi se levantó de la silla.

—¿Quién anda ahí?—gritó.

Mario contuvo su respiración; Jondrette escuchó un momento, y luego se echó á reír, diciendo:

—¡Qué torpe! Es el tabique que cruje.

Mario conservó el cachorrillo en la mano.

XVIII

Las dos sillas de Mario frente á frente.

De pronto, la lejana y melancólica vibración de una campana, conmovió los cristales. Daban las seis en San Medardo.

Jondrette marcó cada campanada con un movimiento de cabeza. Al oír la sexta, despabiló la vela con los dedos.

Después se puso á andar por el cuarto, escuchó en el corredor, paseó y escuchó nuevamente.

—¡ Con tal que venga!—murmuró. Y se volvió á sentar.

Apenas se había sentado nuevamente, se abrió la puerta.

Habíala abierto su mujer, y quedándose en el corredor hizo una horrible mueca de amabilidad, iluminada de abajo arriba por uno de los agujeros de la linterna sorda.

—Pasad, señor,—dijo.

—Adelante, mi bienhechor,—repitió Jondrette, levantándose precipitadamente.

Apareció el señor Leblanc.

Tenía tal aire de serenidad que le hacía singularmente venerable.

Puso sobre la mesa cuatro luses de oro.

—Señor Fabantou,—dijo,—aquí tenéis para el alquiler y para vuestras primeras necesidades. Luego ya veremos.

—Dios os lo pague, mi generoso bienhechor,—dijo Jondrette.

Y acercándose rápidamente á su mujer añadió:

—¡ Despide el coche!

La mujer se marchó en tanto que el marido prodigaba sus saludos y ofrecía una silla al señor Leblanc. Poco después volvió á aparecer, y le dijo al oído:

—Ya está.

La nieve que había caído todo el día era tan espesa que no se había oído la llegada del carruaje, ni se le oyó marchar.

Entre tanto, habíase sentado el señor Leblanc.

Jondrette tomó posesión de la otra silla enfrente del bienhechor.

Ahora, para formarse una idea de la escena que se prepara, debe imaginarse el lector una noche helada, las soledades de la Salpêtriére cubiertas de nieve, y blancas á la luz de la luna como inmensos sudarios, la claridad de la lamparilla de los reverberos acá y acullá, alumbrando los trágicos boulevares y las largas filas de negros olmos; ni un transeunte quizá en un cuarto de legua á la redonda. La casucha de Cuervo en su más alto punto de silencio, de horror y de obscuridad; y en medio de aquella soledad, en medio de aquella sombra, el vasto desván de Jondrette, iluminado por una vela de sebo; y en aquella madriguera dos hombres sentados junto á una mesa. El señor Leblanc, tranquilo; Jondrette, risueño y espantoso; su mujer, la madre loba, en un rincón, y detrás del tabique, Mario, invisible, en pie, no perdiendo una palabra, ni un movimiento; la mirada en acocho, la pistola en la mano.

Mario, por su parte, sentía una horrorosa emoción, pero ningún temor. Apretaba la culata de la pistola, y se sentía tranquilo.

—Detendré la acción á ese miserable cuando quiera,—pensaba.

Comprendía, por otra parte, que la policía andaba por allí, emboscada en alguna parte, esperando la seña convenida y pronta á extender el brazo.

Esperaba además que de aquel violento encuentro entre Jondrette y el señor Leblanc, brotaría alguna luz que aclarase todo lo que él tenía interés en conocer.

XIX

Preocuparse de los fondos oscuros.

Apenas sentado el señor Leblanc, volvió la vista hacia los lechos que estaban vacíos.

—¿ Cómo está la pobre niña herida?—preguntó.

—Mal,—respondió Jondrette con una sonrisa desconsolada y agradecida; —muy mal, mi digno señor. Su hermana mayor la ha acompañado al hospital de la Bourbe para que la curen. Pronto la veréis, pues van á volver en seguida.

—La señora Fabantou me parece algo mejorada,—replicó el señor Leblanc, fijando la vista en el extraño arreo de la mujer, que de pie, entre él y la puerta, como si guardase ya la salida, le miraba en actitud amenazadora y casi de combate.

Está muriéndose, señor,—dijo Jondrette;—pero ¡qué queréis, señor! ¡Tiene tantos bríos! ¡Qué mujer! Esto no es mujer, es un toro.

La mujer, halagada por el cumplimento, exclamó con un arrumaco de monstro acariciado:

—¡ Ah, Jondrette! ¡Tú siempre has sido bueno para mí!

—¡ Jondrette!—exclamó Leblanc.—¡ Yo creía que os llamábais Fabantou!

—Fabantou, alias Jondrette,—replicó vivamente el marido.—Es un apodo de artista.

Y dirigiendo á su mujer un encogimiento de hombros que el señor Leblanc no vió, prosiguió en tono enfático y cariñoso:

—¡ Ah! Siempre hemos hecho buenas migas mi mujer y yo. ¿Qué nos quedaría, si no nos quedase el cariño? ¡Somos tan desgraciados, mi respetable señor! ¡Hay irrazos, pero no trabajo! ¡Hay voluntad, pero falta obra! ¡No sé cómo el Gobierno arregla esto; pero, ¡palabra de honor, caballero! yo no soy jacobino ni realista, yo no le quiero mal; pero, si yo fuera ministro, juro por lo más sagrado que esto habría de marchar de otra manera. Por ejemplo, yo he querido poner á mis hijas á hacer cajas de cartón. Me diréis: “¿Cómo! ¿Un oficio?” ¡Sí, señor! ¡Un simple oficio, un medio de ganar el pan de cada día! ¡Qué caída, mi bienhechor! ¡Qué degradación, cuando uno ha sido lo que yo! ¡Ay! ¡Nada nos queda del tiempo de nuestra prosperidad! Nada más que una cosa, un cuadro que aprecio en mucho, pero del cual me desharía, sin embargo, porque es preciso vivir. Sí, señor, ¡es preciso vivir!

Mientras Jondrette hablaba con una especie de desorden aparente, que en nada debilitaba la expresión reflexiva y sagaz de su fisonomía, Mario alzó los ojos y vió en el fondo del cuarto un bulto, que hasta entonces no había visto. Acababa de entrar un hombre; pero tan calladamente, que no se habían oído sonar los goznes de la puerta. Aquel hombre vestía una almilla de punto morado, vieja, usada, manchada, con girones en todos los pliegues; un ancho pantalón de pana, babuchas en los pies, sin camisa, el cuello desnudo, los brazos desnudos y pintarrajeados, y la cara tiznada de negro. Se había sentado en silencio y con los bra-